

## VI

La derrota del Desaguadero, que decidió la suerte de la primera campaña de la revolución, y obligó al Ejército Argentino á evacuar el Alto Perú, no quebrantó la energía de la provincia de Cochabamba. Los restos de sus tropas, remontadas con nuevos voluntarios, se hicieron fuertes en su territorio y dieron todavía una nueva batalla en el campo de Sipe-Sipe (agosto 13 de 1811) en que fueron derrotadas. El país quedó dominado por las armas del rey; pero no domado. Dos nuevas derrotas en una segunda invasión, en los campos de Vilcapugio y Ayohuma (1813), no pudieron extinguir el fuego que alimentaba en las clases ilustradas el sentimiento de confraternidad americana, y en las clases populares, especialmente entre los indígenas, el odio contra sus antiguos opresores. Así es que, tanto en 1811 como en 1813, al evacuar el país las tropas derrotadas de la revolución á las órdenes de Belgrano, mientras una parte de la población los acompañaba en su retirada, la otra se mantenía en armas á

---

este capítulo, á fin de relatar correctamente la confusa batalla del Desaguadero, aprovechando nuestros conocimientos personales y los documentos inéditos que poseemos. En 1847 y 1848 visitamos los dos campos de batalla y las posiciones del río Desaguadero, tomando apuntes sobre el terreno. En el Archivo General de Buenos Aires hemos encontrado original, el proceso que se formó á Castelli, Balcarce y Viamonte, con motivo de la derrota, y de él tomado los nuevos datos con que la hemos relatado, además de los papeles del General Viamonte que obran en nuestro archivo. (M. S. S.) — Adjunto al proceso del Desaguadero y entre los papeles de Viamonte, hemos encontrado un croquis de la batalla, que comparado con nuestros apuntes sobre el terreno y nuestros recuerdos topográficos, nos ha sido de mucha utilidad, y cuya facsímile damos en la lámina núm. III. (M. S. S.)

espaldas del enemigo triunfante, esterilizando sus victorias y paralizando su avance.

La opinión pública siempre estuvo de parte de la revolución, así en la victoria como en la derrota. Pero el movimiento de opinión del Alto Perú era orgánicamente débil como idea y como acción. Sin los elementos necesarios para darle forma y cohesión política, la insurrección de las masas carecía de unidad, de plan y por consecuencia de eficacia militar. Con fortaleza para resistir y morir estoicamente en los campos de batalla y en los suplicios, y aun para triunfar algunas veces casi inermes, las muchedumbres insurreccionales del Alto Perú ofrecen uno de los espectáculos más heroicos de la revolución sud-americana. Á pesar de tantos y tan severos contrastes, no se pasó un solo día sin que se pelease y se muriese en aquella alta región mediterránea.

Los desastres sucesivos de las armas argentinas en el Alto Perú, si bien no destruyeron la solidaridad de causa, aflojaron los vínculos morales que unían sus Provincias á las del Río de la Plata, contribuyendo, además de las causas que hemos señalado, los acontecimientos que sobrevinieron más tarde. En 1814 aun perseveraban las Provincias del Alto Perú en su unión política con Buenos Aires, y mantenían en alto los pendones de la insurrección en su propio territorio, á la espera del regreso de sus libertadores. Del éxito de esta nueva campaña iba á depender la unidad política del antiguo vireynato. Una nueva derrota debía producir una nueva solución de continuidad como en el Paraguay y la Banda Oriental, y determinar la creación de una nueva nacionalidad. San Martín la presentía por ese camino, ó por lo menos consideraba la victoria difícil y muy costosa para los objetos inmediatos de establecerse sólidamente en ese terreno, sacando de él recursos para ir adelante; y estéril para el objetivo final, por cuanto según él, « la separación de las Provincias » Altas y de las Provincias Bajas, era un *hecho demostra-*

» *ble*, y sus intereses no tenían la menor relación » (9). Esta fué su primera intuición del plan de campaña continental que descubrió por otro camino diametralmente opuesto en su punto de partida, aunque paralelo en su trayecto (10).

En los cuatro años que iban corridos de la revolución, se había repetido (y debía repetirse constantemente) un hecho que no podía escapar al ojo observador de San Martín.

El movimiento revolucionario iniciado en Buenos Aires el 25 de Mayo, se había propagado sin violencia por las vastas llanuras de la cuenca del Plata que se desenvuelve entre el Atlántico y los Andes. En el punto en que empiezan á levantarse por el norte las montañas que la limitan del Alto Perú, el movimiento se había detenido como la onda que tropieza con un obstáculo, conservando su impulsión inicial. Hasta allí la revolución argentina era una ley normal que se cumplía por su propia virtud. Más adelante tenía que atravesar desfiladeros, trepar alturas y penetrar á otra zona; tenía que avanzar en son de guerra, imponerse por las armas y mantenerse combatiendo, á condición de triunfar siempre, porque hasta allí únicamente alcanzaba la acción eficiente de las fuerzas vivas de su organismo político y social. Así, desde los primeros días de la revolución, las fronteras de la nacionalidad argentina empiezan á diseñarse geográfica, política y

(9) En efecto, desde 1815, después de la derrota de Sipe-Sipe, se formó por los patriotas del Alto Perú el designio de constituir un Estado independiente dentro de sus límites. Véase «Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú,» (por el Dr. Manuel María de Urcullu), pág. 85. — San Martín vió claro esto aún antes que la tendencia separatista se manifestara. Con fecha 24 de julio de 1816 escribía sobre el particular á don Tomás Godoy Cruz lo siguiente: «No hay verdad más demostrable que la separación del Perú (Alto) de las provincias bajas: esto lo sabía muy de positivo desde que estuve con el mando de ese ejército (del Norte), y de consiguiente los intereses de estas provincias con las de arriba no tienen la menor relación.» (M. S. *autog.*).

(10) Véase la nota núm. 7 del cap. II.

socialmente, por la naturaleza del suelo, por la homogeneidad de la raza, y la atracción ó repulsión latente de los elementos constitutivos de la colectividad, que se agrupan según sus afinidades. El mapa administrativo del antiguo vireynato no coincidía ya con el de la revolución social de las Provincias Unidas; y ni aun siquiera con el de la dominación de sus armas.

Por dos veces los ejércitos argentinos habían penetrado triunfantes al Perú, y por dos veces retrocedieron despedazados hasta el límite en que la oleada revolucionaria de Mayo se detuvo, recobrando nuevas fuerzas al retroceder. Á su turno, toda vez que los españoles vencedores traspasaron ese límite, fueron completamente vencidos, viéndose obligados á retroceder á sus antiguas posiciones para rehacerse. Este hecho sincrónico, que se había repetido tres veces, (y que se repetiría normalmente por nueve veces consecutivas) parecía en efecto obedecer á una ley fatal, y debía necesariamente reconocer una causa y tener su razón de ser.

Estudiando militarmente estos antecedentes históricos, para deducir de ellos una regla y trazar un plan de campaña á la revolución armada, el nuevo General del Ejército del Norte tenía que resolver ante todo: si era posible, y dado que fuese posible, si era militarmente acertado llevar por tercera vez la ofensiva al territorio del Alto Perú, para convertirlo de nuevo en teatro de la guerra sud-americana; y si, el camino del Alto Perú era el itinerario estratégico indicado para llevar ventajosamente las armas de la revolución hasta Lima, objetivo de las operaciones. Estas cuestiones, al parecer puramente técnicas, envolvían el arduo y complicado problema social, político y militar que hemos señalado antes. De su solución pendían los destinos de la América del Sud, y sólo un genio observador, paciente y metódico podía preverla, prepararla y realizarla. Este genio fué el de San Martín.

San Martín comprendió que la revolución estaba militar-

mente mal organizada, que sus ejércitos carecían de solidez, que las operaciones no eran el resultado de un plan preconcebido, y que la guerra, que para algunos debía terminar en la primera batalla ganada, recién empezaba (11). Las últimas derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, atribuidas por la generalidad á circunstancias casuales, así lo demostraban. Él había aprendido en un largo aprendizaje en la escuela de la experiencia que no es la fortuna ciega la que decide del éxito de las batallas. Al comparar las fuerzas respectivas de los ejércitos beligerantes con esta base de criterio, las victorias y las derrotas de la revolución tenían una explicación natural. Toda vez que las fuerzas materiales se habían chocado, el triunfo fué de la inteligencia y de la sólida organización. Toda vez que intervinieron dos fuerzas morales sometidas á la disciplina, la revolución había triunfado.

El ejército que por dos ocasiones había derrotado á los ejércitos argentinos, primeramente á las órdenes de Goyeneche, últimamente á las de Pezuela, y subyugado en ambas las Provincias del Alto Perú, estaba organizado con elementos puramente americanos, que tenían espíritu y cohesión. Componíanlos en su mayor parte naturales de la sierra del Bajo Perú. Sus soldados eran frugales, infatigables en las marchas, fieles á su bandera, subordinados á sus jefes y siempre compactos en el fuego. Hablaban la misma lengua, eran de la misma raza, mezclada del país en que combatían, cuyo clima es una continuación del suyo, y las asperezas y privaciones de las montañas les eran familiares. Todas estas circunstancias daban á las tropas españolas una gran superioridad sobre las argentinas en aquel terreno.

La organización militar, la inteligencia de los generales y la implacable energía del conquistador siempre estuvo de

(11) Véase la nota núm. 10 de este capítulo.

parte de los realistas en las campañas del Alto Perú. Por el contrario, la inteligencia, el vigor de la iniciativa y la victoria siempre estuvo de parte de los argentinos cuando combatieron en su propio territorio, dentro del perímetro de las fronteras que la revolución había trazado. Huaqui, Vilcapugio y Ayohuma había sido simplemente el choque de las fuerzas morales y materiales de la revolución combinadas. De aquí provenía que cada uno de los ejércitos se considerase de antemano vencido allí donde había sido varias veces derrotado, ó que se aventurase con zozobras en el territorio dominado por su enemigo. El recuerdo de sus recientes contrastes los perseguía como un fantasma aterrador.

La revolución vencida por las armas, triunfaba por la opinión en uno y otro teatro. Los ejércitos del rey habían derrotado á los ejércitos patriotas en el Alto Perú, pero no habían conseguido domar el espíritu público. Dueños del campo de batalla, los realistas se sentían paralizados en medio de un país enemigo, en que, hasta la sumisión pasiva y el silencio mismo de los vencidos, era para ellos una amenaza muda que los alarmaba (12). En vano ensayaron el rigor más desapiadado para vencer esta resistencia que estaba en la atmósfera. Los suplicios se levantaron en todo el territorio dominado por las armas del Rey, clavándose cabezas de insurgentes á lo largo de los caminos; los bienes de los emigrados fueron confiscados y vendidos en pública subasta; las poblaciones

(12) No es una figura de retórica; es un hecho rigurosamente histórico. En un oficio de Goyeneche de 10 de diciembre de 1812, se lee lo siguiente: « *La pasiva conducta de los pueblos en no convocarse y oponerse á las hostilidades de una gavilla de insurgentes, los hace sospechosos y delincuentes.* Para castigarlos hará V. una requisición de caballos en los que hayan tenido *más parte de indiferencia.* » Este orden (junto con otras en que se manda matar á los insurgentes *sin figura de juicio*), (sic), consta original y firmada por Goyeneche en el proceso que se siguió al coronel Landívar, del cual se hablará después. El proceso existe original en « Archivo Gral. de Guerra, 1814 » — (M.S.)

fueron saqueadas; se crearon comisiones militares que bajo el título de tribunales de purificación eran agentes de venganzas, y hasta se vendieron como esclavos á los dueños de viñas y cañaverales de la costa del Perú, los prisioneros de guerra de las últimas jornadas (13). No por esto desmayó el espíritu varonil de los pueblos del Alto Perú. La resistencia pasiva era indomable, la insurrección cundía á la menor señal, y hasta los toscos indios armados de macanas, de hondas y de flechas se lanzaban estoicamente á una muerte casi segura con la esperanza de que pronto serían vengados (14).

En tal situación, el general español sin poder retroceder ni atreverse á avanzar, se limitó á mantenerse con un pie en la frontera del Alto Perú y otro en la de Salta. Distribuyó convenientemente una parte de ejército para asegurar las comunicaciones por su retaguardia, situó su cuartel general en Tupiza, y avanzó su vanguardia hasta Salta, á la espera de refuerzos del Bajo Perú para emprender operaciones decisivas. Esto no hizo sino empeorar la situación. Mientras el país que quedaba á su espalda se insurreccionaba de nuevo y atacaba su retaguardia, otro país animado de decisión no menos indomable se levantaba en masa á su frente, resuelto á disputarle el terreno, y atacaba su vanguardia en Salta.

Bajo la protección de estos dos levantamientos populares, el ejército patriota reconcentrado en Tucumán, se reorganizaba y se reforzaba, sirviendo de reserva á las guerrillas de Salta, é impedía que el enemigo acudiese con todo su poder á

(13) Urcullu: «Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú», pág. 69. — Proceso de Landívar, ya citado. (M. S.)

(14) García Camba, general español y actor en los sucesos, hablando de las guerrillas sueltas del Alto Perú en esta época (1814), dice: «No obstante las pérdidas que casi siempre sufrían, alimentaba su entusiasmo la esperanza de verse prontamente protegidos, y aun vengados, por un poderoso ejército de la patria.» (Memorias, etc., t. I, cap. VI, pág. 135.)

sofocar las insurrecciones del Alto Perú. Sin estas diversiones el ejército derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, habría sido batido nuevamente ó tenido que retroceder ante la vanguardia triunfante del enemigo, aun con San Martín á su cabeza y el refuerzo que éste trajo de Buenos Aires (700 hombres). Así lo comprendió el mismo San Martín, y por eso desde el primer momento (bien aconsejado por Belgrano en esto) todo su plan de campaña se redujo á fomentar la insurrección del Alto Perú y á dar organización y consistencia á la guerra de partidarios por la parte de Salta (15).

Después nos ocuparemos detenidamente de la guerra de partidarios en Salta. Por ahora nos contraeremos á las insurrecciones del Alto Perú en 1814 á espaldas del enemigo, una de las páginas más brillantes y menos conocidas de la revolución argentina.

## VII

El General Belgrano, después de la derrota de Ayohuma, y al tiempo de evacuar el territorio del Alto Perú (diciembre de 1813) había dejado como gobernador de Cochabamba y Comandante general de las armas patriotas á retaguardia del

(15) Ya se ha visto que San Martín decía en febrero 13 de 1814 que no conocía la topografía del país, ni sus hombres, ni sus costumbres, á lo que agregaba: «Siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, sólo este individuo (el General Belgrano) puede suplir su falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias de que carezco (como lo ha hecho hasta aquí) para arreglar mis operaciones, pues de todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército no encuentro otro de quien hacer confianza, ya porque carecen de aquel juicio y detención que son necesarios en tales casos, ya porque no han tenido los motivos que él para tener unos conocimientos tan extensos é individuales como los que él posee.» — Archivo General de Guerra, 1814. (M. S.)